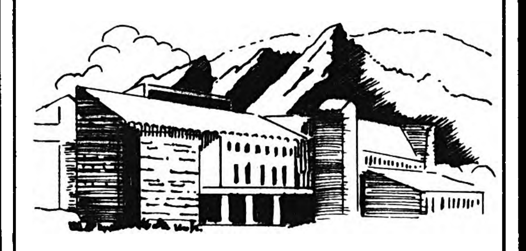






University of Colorado at Boulder
U18302 5310307

HOLDERLIN

Poemas

Printed and made
in Mexico
impreso y hecho
en México por
Editorial Séneca.

HOLDERLIN

P o e m a s

Versión española de

LUIS CERNUDA

y

HANS GEBSER

El Clavo Ardiendo

EDITORIAL SENECA

MEXICO

LA época que le tocó vivir a Hölderlin nos presenta un mundo heroico, agitado por profundas emociones históricas, surcado brevemente con radiantes vidas juveniles, apagadas antes de llegar al mediodía, como el destino de los mancebos mitológicos. Su destino, en

cambio, pasa oscuro y enigmático, oponiéndose fatalmente a la llama que animaba aquel cuerpo.

Siempre extrañará a alguno la hermosa diversidad de la naturaleza y la horrible vulgaridad del hombre. Y siempre la naturaleza, a pesar de esto, parece reclamar la presencia de un sér hermoso y distinto entre sus perennes gracias inconscientes. De ahí la recóndita eternidad de los mitos paganos, que de manera tan perfecta respondieron a ese tácito deseo de la tierra con sus símbolos religiosos, divinos y humanizados a un tiempo mismo. El amor, la poesía, la fuerza, la belleza, todos esos remotos impulsos que mueven al mundo, a pesar de la inmensa fealdad que los hombres arrojan diariamente sobre ellos para deformarlos o destruirlos, no son simples palabras; son algo que aquella religión supo simbolizar externamente a

través de criaturas ideales, cuyo recuerdo aún puede estremecer la imaginación humana.

Algunos hombres, en diferentes siglos, parecen guardar una pálida nostalgia por la desaparición de aquellos dioses, blancos seres inmateriales impulsados por deseos no ajenos a la tierra pero dotados de vida inmortal. Son tales hombres imborrable eco vivo de las fuerzas paganas hoy hundidas, como si en ellos ardiese todavía una chispa de tan armoniosa hoguera religiosa; eco sin fuerza ya, pero que tampoco puede perderse por completo. Y la misma dramática aptitud para participar, aun débilmente, en una divinidad caída y en un culto olvidado, convierte a esos seres mortales en seres semidivinos perdidos entre la confusa masa de los humanos. Tàl fué el caso de Friedrich Hölderlin.

No se crea por ello que sea Hölderlin un iluminado. Su lirismo metafísico tiene más afinidad con Keats que con Blake, aunque a veces, en sus fragmentos, de tanta oscura trascendencia, no se halle lejos de los cantos proféticos de éste. Mas en esos poemas como en los demás escritos durante los largos años de su trastorno espiritual, hay siempre un impulso armonioso y luminoso que el paganismo encauzó y al cual prestó expresión. Al leer muchos de ellos nos sobrecoge aquella radiante inteligencia que se abre paso, aquí o allá, entre las misteriosas sombras que la cercan. Sus mismas admiraciones juveniles, Schiller por ejemplo, nos confirman esa separación de su espíritu con el del místico vidente lírico.

Tal vez al lector español parezca extraña la defensa del paganismo latente en estas líneas; piénsese que en nues-

tra poesía, como en la francesa, a excepción tal vez de André Chénier, los mitos griegos son únicamente un recurso decorativo; pero nunca eje de una vida perdida entre el mundo moderno y para quien las fuerzas secretas de la tierra son las solas realidades, lejos de estas otras convencionales por las que se rige la sociedad; reglas prolongadas y ennoblecidas por otros poetas, pero que alguien como Hölderlin no puede jamás reconocer, a menos de negarse a sí mismo a desaparecer.

Ya en su último retiro, en Tubinga, firma sus poemas con el nombre de Scardanelli; y si alguien pronuncia el de Hölderlin, su cólera se desata. ¿Podemos interpretar esta cólera como un deseo de salvar, en su triste vejez humillada, aquel hermoso adolescente intangible que había sido? En diferentes ocasiones de la juventud, obligado por su posición, Hölderlin realizó varias tenta-

tivas para someterse a las reglas sociales antes aludidas; los sufrimientos de su servidumbre, medio profesoral, medio doméstica, entre familias bien acomodadas, debieron ser terribles. Pasó largo tiempo perdido en vida; parece que alguien le encontró enajenado un día al pie de las estatuas mitológicas en una parque de París. Y viejo ya, después de ese oscuro tiempo que llevó errante, cuando entraban en la habitación donde transcurrían recogidos sus días, entre el piano y los borradores, muchos tirados después de su muerte como inútil memoria de una criatura anónima, una profunda reverencia era la señal del antiguo preceptor doméstico. Tal vez le moviera un miedo confuso, de semidiós que ha conocido la humillación y guardó tal horror a ella que se anticipa a las que pudieran sobrevenirle con su externo sometimiento.

Dos héroes, sin embargo, se nutrie-

ron con su ignorada vidas Hiperión y Empédocles; el héroe juvenil y el héroe que divisa la vida sobre dos iguales vertientes. Héroes vencidos, es verdad, como su creador; mas con derrota que la muerte convierte en victoria. ¿Quién ignora cómo lo mejor, lo más noble que la humanidad puede ofrecer, ha sido realizado por genios aislados a Hölderlin por el fuego, fuego que al propio tiempo le salvaba. Así se vislumbra hoy esta dramática sombra humana a quien debemos una obra lírica inmortal, de distinta hermosura en la poesía alemana, contemporánea de Goethe en tiempo y espacio; y de distinta hermosura también en la universal, al lado de algunos poetas griegos y latinos, ingleses y orientales. ¿No ha sido, pues, feliz a pesar de todo? Un verso de Keats dice: A thing of beauty is a joy for ever.

LUIS CERNUDA.

NOTA

Los siguientes poemas, no mejores dentro de una obra toda ella mejor, sino preferidos con ocasión de una lectura sobre otros asimismo hermosos, pertenecen a diferentes fases vitales de este poeta. Los siete primeros, escritos durante su juventud, son anteriores a 1803, fecha hacia la cual sitúan la aparición de sus primeros trastornos psíquicos. Aunque tal vez sea innecesario, se indica aquí tal dato para el lector que crea conveniente referirlo a la lectura de alguno entre los restantes poemas, escalonados desde aquella fecha hasta su muerte.

Poemas

CANCION AL DESTINO DE HIPERION

Vosotros paseáis allá arriba, en la luz
por leve suelo, genios celestiales;
luminosos aires divinos
ligeramente os rozan,
como la inspiradora con sus dedos
unas cuerdas sagradas.

Sin destino, tal dormido niñito,
alientan los sagrados seres;
púdicamente oculto
en modesta corola,
florece eternamente
para ellos el espíritu;
con pupila beata

miran en la tranquila
claridad inmortal.

Mas no es dado a nosotros
tregua en paraje alguno;
desaparecen, caen
los hombres resignados
ciegamente, de hora
en hora, como agua
de una peña arrojada
a otra peña, a través de los años
en lo incierto, hacia abajo.

ANTES Y AHORA

En juveniles días a la mañana sentía
regocijo
por la tarde lloraba, y ahora, cuando
más viejo soy,
dudando empiezo el día, aunque no
obstante,
apacible y sagrado es para mí su fin.

LO IMPERDONABLE

(primera versión)

Si olvidáis los amigos, burla hacéis del artista,
pobre comprensión dais al genio más profundo,
Dios sabe perdonarlo; pero nunca perdona
que perturbéis la paz de los amantes.

TIERRA NATIVA

(primera versión)

Vuelve el marino alegremente hacia el
tranquilo río
desde lejanas islas donde provecho ob-
tuvo.
También yo volver quiero a la tierra
nativa,
pero ¿qué he conseguido si no son su-
frimientos?
Benignas riberas, vosotras por quienes
fuí formado
¿podéis calmar las penas del amor?
¡Ay!

¿O devolverme vosotros, bosques de mi infancia
cuando retorne mi tranquilidad nuevamente?

APLAUSOS DE LOS HOMBRES

¿No es celeste mi corazón, su vida más
hermosa
desde que amo? ¿Por qué en más lo
teníais
cuando más orgulloso y feroz era,
de palabras más rico y más vacío?
Gusta la multitud lo que el mercado
precia
y sólo al violento honra el criado;
en lo divino creen
únicamente aquellos que lo son.

A LAS PARCAS

Sólo "un" verano me otorgáis, vosotras
las poderosas;
y un otoño para dar madurez al canto,
para que mi corazón, más obediente,
del dulce juego harto se me muera.

El alma que no obtuvo en vida derecho
divino, tampoco abajo descansa en el
Orco;
pero si un día alcanzó lo sagrado, aque-
llo
que es caro a mi corazón, el poema,
bien venido entonces, oh silencio del
reino de las sombras.

Contento estaré, aunque mi lira
allí no me acompañe; por "una vez"
habré vivido como un dios, y más no
hace falta.

FANTASIA DEL ATARDECER

Ante su choza en sombra tranquilo está
sentado
el labrador, mientras arde la lumbre de
hombre parco.
Hospitalariamente resuena al caminante
crepuscular campana por la aldea apa-
cible.

También acaso vuelven los marinos al
puerto
y en lejanas ciudades deja alegre al
mercado
su rumor afanoso, bajo emparrado en
calma
íntima brilla la colación de los amigos.

Mas yo, ¿hacia dónde he de ir? Viven
los mortales
de premios y trabajos; tras fatiga y des-
canso
alegre todo está. ¿Por qué nunca se
duerme
en este pecho mío la zozobra?

Por el cielo crepuscular la primavera
abre;
rosas innúmeras florecen; quieto seme-
ja
el mundo áureo. Oh, llevadme hacia
allá,
purpúreas nubes, y que allá arriba

en aire y luz se aneguen mi amor y su-
frimiento.
Pero como ahuyentado por inútil pre-
gunta
el encanto se va. La noche cae. Y so-
litario
bajo el cielo, como siempre estoy yo.

Ven ahora tú, dulce sopor. Anhela demasiado
el corazón; mas ahora ya, oh juventud,
también vas apagándote, soñolienta intranquila.
Quieta y apacible es entonces la vejez.

MITAD DE LA VIDA

Con amarillas peras
y llena de rosas silvestres
asoma la tierra en el lago;
vosotros, cisnes benignos,
embebidos de besos
sumergís vuestra testa
en el agua sagrada y virgen.

¡Ay de mí! ¿Dónde buscar
durante el invierno las flores,
dónde el fulgor del sol
y las sombras del suelo?
Están los muros en pie
mudos y fríos, en el viento
restallan las banderas.

LOS TITANES

Pero no es
tiempo. Aun están ellos
desencadenados. No atañe lo divino a
quienes no lo sean.
Que cuenta den
a Delfos. Otórguenme entre tanto horas
festivas,
quisiera descansar, para acordarme
de los difuntos. Muchos han muerto,
generalmente en antiguos tiempos,
y bellas mujeres, y poetas;
y en los nuevos
muchos de entre los hombres.
Yo sin embargo estoy solo.

. . . .

. . . .
. . . . . . y navegando por el océano
preguntar a las islas fragantes
hacia dónde fueron.

Porque algo de ellos
ha quedado en fieles escrituras
y algo en las leyendas del tiempo.
Mucho revela el dios.
Que desde antaño actúan
las nubes sobre el suelo
y la sagrada tierra inculta arraiga laborando.
Cálida es la riqueza. Porque falta
el canto, que desprende al espíritu.
Se consumiría
y estaría en contradicción consigo mismo,
que jamás sufre
la prisión el fuego celeste.

Alegra no obstante
el banquete, o cuando en la fiesta

brillan los ojos y las perlas
al cuello de la virgen.
También juego guerrero
. . . .
. . . .
. . . . y por los emparrados
de los jardines trompetea
el recuerdo de la batalla, amortiguán-
dose
cerca del pecho esbelto.
Las armas sonoras descansan
desde padres heroicos hasta los hijos.
Pero me cerca zumbando
la abeja, y donde el campesino
los surcos hace, cantan delante
de la luz los pájaros. Algunos ayudan
al cielo. A estos ve
el poeta. Bien está en otros
sostenerse. Porque nadie soporta la vi-
da solo.

Pero cuando está encendido
el laborioso día,

en la cadena, la cual
desvía el rayo,
desde la hora de su asención
celeste rocío resplandece;
entre los mortales también debe
lo elevado sentirse.
Por esto construyen ellos casas,
y el taller marcha,
y por los ríos va el navío,
y permutando se ofrecen los hombres
las manos unos a otros, tiene sentido
hallarse
en la tierra y no en vano están
unidos los ojos con el suelo.

Pero vosotros percibís
otra raza también.
Que bajo la medida de lo brutal es necesario
para que lo puro se reconozca.
Mas cuando . . . .
. . . .
Y de lo hondo aprehende

para vivificarlo
el que todo lo mueve; creen ellos
que desciende el divino
hasta los muertos, y poderosamente le
amanece
en el abismo desprendido,
percibidor de todo.
Pero no quisiera decirlo:
débiles se tornan los divinos seres,
aunque hierve ya todo.
Mas cuando . . . .
. . . . y sube
hasta la cima del padre, que
. . . .
. . . . y el pájaro del cielo
se lo anuncia. Maravillosamente
llega él después en su ira.

LO MAS INMEDIATO

. . . . abiertas las ventanas del cielo
y libre el genio de la noche,
el celeste asaltante que ha engañado
en tantas lenguas prosaicas nuestra tie-
rra
y removió los restos
hasta ahora.
Más llegará aquello que yo quiero.

TIERRA NATIVA

. . . .
. . . .
y nadie sabe;
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
Mientras tanto déjame divagar,
coger bayas silvestres
por tus senderos, oh tierra,
para apagar el amor hacia ti.
Aquí donde . . . .
. . . . rosas, espinas
y dulces tilos olorosos al lado

de las hayas, al mediodía, cuando en el
pálido trigal
crece un ímpetu para cada tallo recto
y pliega la espiga el cuello a un lado
lo mismo que el otoño; más ahora, ba-
jo la alta
bóveda de encinas donde yo reflexiono
e interroga a la altura, una campana
de antiguo conocida
suena la hora con dejo áureo allá en
la lejanía,
en tanto vuela el pájaro otra vez. Qui-
zá así sea posible.

LA PRIMAVERA

Cuando una delicia nueva brota por los
campos,
otra vez la apariencia embellecida,
y en los montes, donde los árboles ver-
dean,
aires más claros se muestran con las
nubes,

cuánto gozo en los hombres. Alegre-
mente
por las riberas solos van. Calma, deseo
y embeleso de una salud reverdecida.
La amable risa tampoco lejos anda.

LA PRIMAVERA

Olvida el hombre las penas del espíritu,
que la primavera florece y hay brillo
casi en todo;
el verde campo soberbiamente está extendido,
esplende ya el arroyo deslizándose abajo,
erguidos van los montes cubiertos por
los árboles
y es magnífico el aire en espacios abiertos;
el ancho valle está dilatado en el mundo
y torre y ladera en las colinas se reclinan.

EL VERANO

Cuando la flor de la primavera pasa huyendo,
surge el verano, tal una guirnalda del año;
lo mismo que un arroyo al deslizarse por el valle
así es en torno suyo el esplendor henchido de los montes.
Cuando todo esplendente se nos muestra el campo,
es como el día, hacia el crepúsculo tendido;
las horas del verano son como el año que huye,
como breves estampas terrenas para el hombre.

EL OTOÑO

Alejándose van de la tierra esas leyendas
del espíritu que antes fué, después en su retorno
inclinado hacia la humanidad; mucho nos dice el tiempo tan aprisa consumido.

No perdió esta naturaleza las imágenes
del pasado; como los días palidecen
en medio del verano, así el otoño vuelve hacia la tierra
y el genio de la lluvia va otra vez por el cielo.

En breve espàcio mucho ha concluído;
el labrador, que con arado se mostraba,
vé cómo el año se tiende hacia un final alegre;
con imágenes tales el día del hombre se depura.

El fondo de la tierra, adornado con rocas,
no es parejo a la nube, que de noche se pierde;
en un día dorado se nos muestra,
y una perfección tal no abriga queja alguna.

EL INVIERNO

Cuando la nieve pálida embellece los
campos
y alto resplandor brilla por la amplia
llanura,
suave y distante incita entonces el vera-
no,
la primavera a veces cerca está en tan-
to la hora cae.

Va la radiante aparición; el aire es
más delgado,
el bosque claro; de entre los hombres
nadie cruza
por las calles lejanas; y en la calma se
engendra

sublimidad, aunque no obstante todo
ría.

La primavera no reluce con el brillar
de flores
que es tan dulce a los hombres, pero
están las estrellas
claramente en el cielo; en el cielo le-
jano
viéndose con agrado, sin mudar casi
nunca.

Como llanuras son los ríos; toda apa-
riencia
también dispersa surge; la leche de la
vida
perenne se demora. Y la amplitud de
las ciudades
surge con especial bondad en ilimitada
distancia.

EL INVIERNO

Cuando sin ser vistas pasaron las estampas
del tiempo, viene la estancia del invierno;
vacío el campo, semeja la apariencia más suave,
huracanes soplan en torno y turbiones de lluvia.

Como un día de reposo, tal es el fin del año,
como el son de una pregunta; para que sea aquél perfecto
entonces surge la nueva inminencia de la primavera;
así brilla con su fausto la naturaleza en la tierra.

EL CEMENTERIO

Silencioso lugar verdeante de hierba joven,
donde yace hombre y mujer y se yerguen las cruces,
donde van acompañados los amigos,
donde fulguran en claro vidrio las ventanas.

Cuando en ti fulge la alta llama del cielo
a mediodía, cuando la primavera te frecuenta y se demora
y va la espiritual nube húmeda y gris,
con hermosura el día escapa dulcemente.

Qué tranquilidad hay cerca del muro
grisáceo
encima del cual pende un árbol con frutos:
negror mojado de rocío, follaje todo
duelo;
pero los frutos son densos preciosamente.

Hay en la iglesia una tranquilidad oscura
y también el altar en esa noche se recoge;
aún allá quedan varias cosas hermosas,
mas en verano canta alguna cigarra en
el campo.
Allí, cuando las oraciones del pastor se
escuchan
en tanto al lado está el grupo de amigos.
que con el muerto va, qué vida singular
y qué espíritu, devotamente descuidado.

Este libro se acabó de imprimir el día 24 de Diciembre de 1942, en los talleres "Artes Gráficas Comerciales" de México, bajo la dirección tipográfica de Emilio Prados.

EDITORIAL SENECA
Varsovia 35-A *México, D. F.*

EL CLAVO ARDIENDO

Volúmenes publicados:

EL PURGATORIO de Santa Catalina de Génova. Versión española de José Bergamín.

HOMBRE ADENTRO (Dos Epístolas españolas. Epístola de Francisco de Aldana para Arias Montano y Epístola moral a Fabio).

EL REGRESO DEL HIJO PRODIGO, por André Gide. Versión española de Xavier Villaurrutia.

¿QUE ES METAFISICA? por Martín Heidegger. Versión española de Xavier Zubiri.

FRAGMENTOS, de Novalis Versión española de J. Gebser.

UNA TEMPORADA EN EL INFIERNO, de Rimbaud. Versión española de J. Ferrel.

ANTIGONA, de Kierkegaard. Versión española de J. Gil Albert.

EXPERIENCIA Y PRESENCIA DE DIOS, de Plotino. Selección y prólogo de García Bacca.

EL MATRIMONIO DEL CIELO Y DEL INFIERNO, de William Blake. Traducción de Xavier Villaurrutia.

POEMAS, de Holderlin. Traducción de Hans Gebser y Luis Cernuda. Nota de Luis Cernuda.

DISCURSO SOBRE LAS PASIONES DEL AMOR, de Pascal. Traducción de Julio Torri.

¿QUE ES POESIA? (Cartas literarias a una mujer), de Gustavo A. Bécquer.

De inmediata aparición:

HISTORIA DEL ABENCERRAJE Y LA BELLA JARIFA.

APOLOGIA DE SOCRATES, de Platón. Traducción de David García Bacca.

FRAGMENTOS, de Leon Bloy. Traducción de J. F. Rafols. Prefacio de Maritain.

HOLDERLIN O LA ESENCIA DE LA POESIA, de Heidegger.

SUEÑO Y POESIA, de Keats. Traducción de J. M. y O. P. Souviron.

DEFENSA DE LA POESIA, de Shelley. Traducción de Luis Cernuda.

JUANA RELAPSA Y SANTA, de G. Bernanos. Traducción de J. Ussía.

CONCIENCIA Y DESTINO, de André Malraux. Traducción y prólogo de J. Bergamín.

LA HIJA DE DIOS (tragedia) de J. Bergamín.

●